



## LIBRO SESTO.

## CAPÍTULO I.

De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros despues que se separaron del conde de Polan: del importante proyecto que formó Ambrosio; y como se ejecutó.



ESPUES de haber pasado el conde de Polan la mitad de la noche en darnos gracias, y asegurarnos que podíamos contar con su eterno agradecimiento, llamó al ventero para consultar con él de qué modo llegaria con seguridad á Turis, á donde tenia ánimo de ir. Dejamos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros salimos de la venta siguiendo el camino que Lamela quiso escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amaneció ya cerca de Campillo. Llegamos prontamente á las montañas que hay entre aquella villa y Requena, y allí pasamos el dia en descansar y en contar nuestro caudal, que se habia aumentado mucho con el dinero que habiamos cogido á los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontraron mas de trescientos doblones en diferentes monedas. Al entrar de la noche nos volvimos á poner en camino, y el dia siguiente al amanecer entramos en el reino de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontramos, emboscámonos en él, y llegamos á un sitio por donde corria un arroyuelo de agua cristalina que iba lentamente á juntarse con las del Guadalaviar. La sombra con que nos convidaban los árboles y la abundante yerba que el campo ofrecia para los caballos, nos hubieran determinado á hacer alto

en aquel parage, aun cuando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos, pues, y hacíamos ánimo de pasar allí aquel dia alegremente; pero cuando fuimos á almorzar nos hallamos con poquísimos víveres. Empezaba á faltarnos el pan, y nuestra bota se habia convertido en un cuerpo sin alma.—Señores, dijo entonces Ambrosio, sin Ceres y sin Baco, á ninguno agrada el sitio mas delicioso. Soy de parecer que renovemos nuestras provisiones, y así marchó á este fin á Chelva, que es una linda villa, distante de aquí solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viaje. Dicho esto, cargó en el caballo la bota y las alforjas, montó y partió del bosque á tan buen paso, que nos prometimos seria muy pronta su vuelta. Teníamos motivo para creerlo así, y aguardábamos por momentos á Lamela; mas sin embargo, no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho mas del medio dia, y aun se aprosimaba la noche para cubrir los árboles con su negro manto, cuando vimos á nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto con las muchas cosas de que venia provisto. No solo traia la bota llena de esquisito vino, y atestadas las alforjas de carnes asadas, sino que reparamos un gran fardo acomodado á las ancas del caballo, que se llevó nuestra atencion. Conociólo Ambrosio, y nos dijo sonriéndose:—Apuesto yo á Don Rafael, y á todos los mas diestros del mundo, que no son capaces de adivinar por qué ni para qué he comprado todo este envoltorio de ropa. Diciendo esto lo desató él mismo para que viéramos por menor lo que encerraba. Mostrónos un manteo negro, y una sotana del mismo color; dos chupas, y dos pares de calzones; un tintero de cuerno con su salvadera y cañon para meter las plumas; una mano de papel fino, un sello grande, y un candado, juntamente con una barreta de lacre verde.—¡Par diez, señor Ambrosio, exclamó zumbándose Don Rafael luego que vió todas aquellas baratijas, que habeis empleado bien el dinero! ¿Qué diablos piensas hacer de todos esos cachivaches?—Un uso admirable, respondió Lamela. Todas estas cosas no me han costado sino diez doblones, y estoy persuadido de que nos han de valer mas de quinientos. Contad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de géneros inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas, voy á daros parte de un proyecto que he formado: un proyecto que sin disputa es de los mas ingeniosos que puede concebir el entendimiento humano. Vais á oirlo, y estoy seguro que quedareis atónitos al saberlo: estadme atentos.

Despues de haber hecho mi provision de pan, me entré en una pastelería y mandé que me asasen seis perdices, otras tantas pollas, é igual número de gazapos. Mientras todo esto se estaba asando, entró en la past-

pechar en nosotros alguna superchería, creyó de buena fe que algun enemigo oculto le había delatado al santo Oficio; ó tambien es muy posible que, no reconociéndose él mismo por muy buen católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna secreta informacion. Sea lo que fuere, nunca ví hombre mas confuso. Obedeció sin resistencia; y con todo el respeto que corresponde á un hombre que teme á la inquisicion. Él mismo nos abrió su despacho, y al entrar le dijo Ambrosio: —Señor Samuel, á lo menos recibis con sumision las órdenes del santo Oficio; pero, añadió, retiraos á otro cuarto, y dejadme practicar libremente mi empleo. Samuel no fué menos obediente á esta segunda orden que lo habia sido á la primera: retiróse á su tienda, y nosotros tres entramos en su despacho, donde sin pérdida de tiempo nos pusimos á buscar el dinero, que nos costó poco trabajo y menos tiempo encontrar, porque estaba en un cofre abierto, donde habia mas del que podiamos llevar. Consistia en gran número de talegos, puestos unos sobre otros, y todo en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en oro; pero no pudiendo ya ser esto, nos fué forzoso hacer de la necesidad virtud. Llenamos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones, y en fin todo aquello donde lo podiamos encajar; de suerte que todos íbamos cargados con un peso ecshorbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer, gracias á la destreza de Ambrosio y de Don Rafael, que me hicieron ver con esto que no hay en el mundo cosa mejor que saber bien cada uno el arte que profesa.

Salimos del cuarto despues de haber hecho nuestro negocio: y por una razon que es fácil de adivinar, el señor comisario sacó su candado que quiso echar por su misma mano á la puerta; plantóle el sello, y luego dijo á Simon:—Maese Samuel, de parte del tribunal os prohibo que lleveis á este candado, ni tampoco á este sello, que debeis respetar, pues que es el sello del Santo Oficio. Mañana volveré á esta misma hora á quitarlo y á daros órdenes. Hecho esto, mandó abrir la puerta de la calle por la cual fuimos todos desfilando alegremente, y cuando hubimos andado como unos cincuenta pasos comenzamos á caminar con tal ligereza, que apenas tocábamos con el pié en tierra, sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la villa, y volviendo á montar en nuestros caballos, tomamos el camino de Segorve, dando gracias por tan feliz suceso al dios Mercurio.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Protector de los ladrones.





## CAPÍTULO II.

De la resolución que tomaron Don Alfonso y Gil Blas despues de esta aventura.



NDUVIMOS toda la noche segun nuestra loable costumbre, y al amanecer nos hallamos á la vista de una miserable aldea distante dos leguas de Segorve. Como todos estábamos cansados, nos desviamos con gusto del camino real para llegar hasta unos sauces que descubrimos al pié de una colina á cosa de unos mil ó mil y doscientos pasos de la aldea, en la cual no nos pareció conveniente detenernos. Vimos que aquellos árboles hacian una apacible sombra, y que les bañaba el pié un arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolviendo pasar en él lo restante del dia, nos apeamos, quitamos los frenos á los caballos para que pudiesen pacer, nos echamos sobre la verde yerba, y despues de haber reposado un poco, acabamos de desocupar las alforjas y la bota. Luego que hubimos almorzado opíparamente, nos pusimos á contar el dinero que habíamos robado á Samuel Simon, y hallamos que ascendia á tres mil ducados; con cuya cantidad y el caudal que ya teníamos, podíamos alabarnos de poseer un mediano capital.

Viendo que se habian acabado nuestras provisiones, y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y Don Rafael, que ya se habian quitado los disfraces, dijeron que querian tomarse este trabajo, porque el suceso de Chelva les habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve á ver si se les presentaba alguna ocasion de emprender otra nueva hazaña.—Vosotros, dijo el hijo de Lucinda, no teneis mas que esperarnos á la sombra de estos sauces, que presto estaremos de vuelta.— Señor Don Rafael, respondí yo sonriéndome, no sea que la ida de ustedes sea como la del humo: temo que, si una vez se van, tarde nos juntaremos.— Esa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor,

y no merecíamos que nos hicieseis tan poca merced. Es verdad que en parte os disculpo de la desconfianza que teneis de nosotros, acordándoos de lo que hicimos en Valladolid; y de creer que no haríamos mas escrúpulo de abandonaros que á los compañeros que dejamos en aquella ciudad. Sin embargo, os engañais enormemente. Aquellos camaradas á quienes vendimos eran de un perverso carácter, y ya no podíamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer justicia á los de nuestra profesion, diciendo que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interes dé menos motivo á la division; pero cuando no son conformes las inclinaciones, puede alterarse la union como en todos los demas gremios humanos. Por tanto, Señor Gil Blas, suplico á vd. y al Señor Don Alfonso que tengan mas confianza de nosotros, y que tranquilicen su espíritu tocante al deseo que Don Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

—Es muy fácil, dijo entonces el hijo de Lucinda, librarles de todo motivo de inquietud en este punto: basta para eso dejarlos dueños del caudal, que es la mejor fianza que tendrán en sus manos de nuestra vuelta. Ya ve vd., Señor Gil Blas, que esto se llama ir derechos al punto de la dificultad. Ambos quedareis así resguardados, sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fe, ¿tendreis todavia dificultad en fiaros de nosotros?—No por cierto, respondí yo; y así podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con la bota y las alforjas, dejándome á la sombra de los sauces con Don Alfonso, el cual me dijo luego que se fueron:—Señor Gil Blas, quiero abriros enteramente mi pecho. Me estoy continuamente acusando de la condescendencia que tuve en venir hasta aquí con estos bribones. No os puedo decir cuantos millares de veces me he arrepentido ya de ello. Ayer noche mientras me quedé guardando los caballos, hice mil reflexiones que me despedazaban el corazon. Consideré que era muy ageno de un jóven que nació con honra, vivir con unos hombres tan viciosos como Rafael y Lamela; que si por desgracia (como muy fácilmente puede suceder) llegase á ser tal algun dia el resultado de una de estas maldades, que cayésemos en manos de la justicia, sufriré la vergüenza de verme castigado con ellos como ladron, y quizá con una muerte afrentosa. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estas funestas ideas; y así os confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de su compañía, por no ser cómplice en los delitos que cometan. Tengo por cierto, añadió, que no desaprobareis este pensamiento.—Cierto es que no, le respondí. Aunque vd. me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes piezas son de mi gusto. El cielo me es testigo de que mientras estaba repre-



sentando tan distinguido papel me dije á mí mismo: A fé, amigo Gil Blas, que si la justicia viniera ahora á echarte la mano, sin duda merecerias bien el salario que te tocase. Así que, Señor Don Alfonso, no estoy mas dispuesto que vd. á continuar en tan mala compañía, y de muy buena gana le acompañaré, si es que me lo permite, á cualquiera parte que vaya. Cuando vuelvan estos señores, les suplicarémos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano, ó esta misma noche, nos despedirémos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposicion el amante de la bella Serafina, y me dijo:—Irémos á Valencia, y nos embarcarémos para Italia, donde podrémos entrar al servicio de la república de Venecia. ¿No vale mas seguir la carrera de las armas, que continuar la vida vil y criminal que traemos? En aquella podemos traer buen porte con el dinero que nos haya tocado. No deja de remorderme la conciencia el servirme de un bien tan mal adquirido; pero ademas de que la necesidad me obliga á ello, protesto resarcir á Samuel Simon el daño luego que tenga la menor fortuna en la guerra. Aseguré á Don Alfonso que yo tenia la misma intencion, y quedamos de acuerdo en que el dia siguiente al amanecer nos separariamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su ausencia, esto es, huir al momento con el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dejándonos dueños de él, ni aun nos permitió que nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en la posada de caballeros de Valladolid disculpase en cierto modo este robo.

A la caida de la tarde volvieron de Segorve Ambrosio y Don Rafael. La primera cosa que nos dijeron fué que habian hecho un viage muy feliz, y que dejaban echados los cimientos de una aventura que, segun todas las señales, seria sin comparacion de mucho mas producto que la del dia anterior. Comenzó á esplicarnos el plan el hijo de Lucinda: pero Don Alfonso le atajó, diciéndole cortesmente que él estaba resuelto á separarse de la compañía; y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolucion. Por mas que hicieron para movernos á que prosiguiésemos acompañándoles en sus expediciones, no les fué posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero; y los dos tomamos el camino de Valencia.



pechar en nosotros alguna superchería, creyó de buena fe que algun enemigo oculto le habia delatado al santo Oficio; ó tambien es muy posible que, no reconociéndose él mismo por muy buen católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna secreta informacion. Sea lo que fuere, nunca ví hombre mas confuso. Obedeció sin resistencia; y con todo el respeto que corresponde á un hombre que teme á la inquisicion. Él mismo nos abrió su despacho, y al entrar le dijo Ambrosio: —Señor Samuel, á lo menos recibis con sumision las órdenes del santo Oficio; pero, añadió, retiraos á otro cuarto, y dejadme practicar libremente mi empleo. Samuel no fué menos obediente á esta segunda orden que lo habia sido á la primera: retiróse á su tienda, y nosotros tres entramos en su despacho, donde sin pérdida de tiempo nos pusimos á buscar el dinero, que nos costó poco trabajo y menos tiempo encontrar, porque estaba en un cofre abierto, donde habia mas del que podiamos llevar. Consistia en gran número de talegos, puestos unos sobre otros, y todo en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en oro; pero no pudiendo ya ser esto, nos fué forzoso hacer de la necesidad virtud. Llenamos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones, y en fin todo aquello donde lo podiamos encajar; de suerte que todos íbamos cargados con un peso ecshorbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer, gracias á la destreza de Ambrosio y de Don Rafael, que me hicieron ver con esto que no hay en el mundo cosa mejor que saber bien cada uno el arte que profesa.

Salimos del cuarto despues de haber hecho nuestro negocio: y por una razon que es fácil de adivinar, el señor comisario sacó su candado que quiso echar por su misma mano á la puerta; plantóle el sello, y luego dijo á Simon:—Maese Samuel, de parte del tribunal os prohibo que lleagueis á este candado, ni tampoco á este sello, que debeis respetar, pues que es el sello del Santo Oficio. Mañana volveré á esta misma hora á quitarlo y á daros órdenes. Hecho esto, mandó abrir la puerta de la calle por la cual fuimos todos desfilando alegremente, y cuando hubimos andado como unos cincuenta pasos comenzamos á caminar con tal ligereza, que apenas tocábamos con el pié en tierra, sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la villa, y volviendo á montar en nuestros caballos, tomamos el camino de Segorve, dando gracias por tan feliz suceso al dios Mercurio.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Protector de los ladrones.





## CAPÍTULO II.

De la resolución que tomaron Don Alfonso y Gil Blas despues de esta aventura.



NDUVIMOS toda la noche segun nuestra loable costumbre, y al amanecer nos hallamos á la vista de una miserable aldea distante dos leguas de Segorve. Como todos estábamos cansados, nos desviamos con gusto del camino real para llegar hasta unos sauces que descubrimos al pié de una colina á cosa de unos mil ó mil y doscientos pasos de la aldea, en la cual no nos pareció conveniente detenernos. Vimos que aquellos árboles hacian una apacible sombra, y que les bañaba el pié un arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolviendo pasar en él lo restante del dia, nos apeamos, quitamos los frenos á los caballos para que pudiesen pacer, nos echamos sobre la verde yerba, y despues de haber reposado un poco, acabamos de desocupar las alforjas y la bota. Luego que hubimos almorzado opíparamente, nos pusimos á contar el dinero que habíamos robado á Samuel Simon, y hallamos que ascendia á tres mil ducados; con cuya cantidad y el caudal que ya teníamos, podíamos alabarnos de poseer un mediano capital.

Viendo que se habian acabado nuestras provisiones, y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y Don Rafael, que ya se habian quitado los disfraces, dijeron que querian tomarse este trabajo, porque el suceso de Chelva les habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve á ver si se les presentaba alguna ocasion de emprender otra nueva hazaña.—Vosotros, dijo el hijo de Lucinda, no teneis mas que esperarnos á la sombra de estos sauces, que presto estaremos de vuelta.— Señor Don Rafael, respondí yo sonriéndome, no sea que la ida de ustedes sea como la del humo: temo que, si una vez se van, tarde nos juntaremos.— Esa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor,

y no merecíamos que nos hicieseis tan poca merced. Es verdad que en parte os disculpo de la desconfianza que teneis de nosotros, acordándoos de lo que hicimos en Valladolid; y de creer que no haríamos mas escrúpulo de abandonaros que á los compañeros que dejamos en aquella ciudad. Sin embargo, os engañais enormemente. Aquellos camaradas á quienes vendimos eran de un perverso carácter, y ya no podíamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer justicia á los de nuestra profesion, diciendo que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interes dé menos motivo á la division; pero cuando no son conformes las inclinaciones, puede alterarse la union como en todos los demas gremios humanos. Por tanto, Señor Gil Blas, suplico á vd. y al Señor Don Alfonso que tengan mas confianza de nosotros, y que tranquilicen su espíritu tocante al deseo que Don Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

—Es muy fácil, dijo entonces el hijo de Lucinda, librarles de todo motivo de inquietud en este punto: basta para eso dejarlos dueños del caudal, que es la mejor fianza que tendrán en sus manos de nuestra vuelta. Ya ve vd., Señor Gil Blas, que esto se llama ir derechos al punto de la dificultad. Ambos quedareis así resguardados, sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fe, ¿tendreis todavia dificultad en fiaros de nosotros?—No por cierto, respondí yo; y así podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con la bota y las alforjas, dejándome á la sombra de los sauces con Don Alfonso, el cual me dijo luego que se fueron:—Señor Gil Blas, quiero abriros enteramente mi pecho. Me estoy continuamente acusando de la condescendencia que tuve en venir hasta aquí con estos bribones. No os puedo decir cuantos millares de veces me he arrepentido ya de ello. Ayer noche mientras me quedé guardando los caballos, hice mil reflexiones que me despedazaban el corazon. Consideré que era muy ageno de un jóven que nació con honra, vivir con unos hombres tan viciosos como Rafael y Lamela; que si por desgracia (como muy fácilmente puede suceder) llegase á ser tal algun dia el resultado de una de estas maldades, que cayésemos en manos de la justicia, sufriré la vergüenza de verme castigado con ellos como ladron, y quizá con una muerte afrentosa. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estas funestas ideas; y así os confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de su compañía, por no ser cómplice en los delitos que cometan. Tengo por cierto, añadió, que no desaprobareis este pensamiento.—Cierto es que no, le respondí. Aunque vd. me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes piezas son de mi gusto. El cielo me es testigo de que mientras estaba repre-





sentando tan distinguido papel me dije á mí mismo: A fé, amigo Gil Blas, que si la justicia viniera ahora á echarte la mano, sin duda merecerias bien el salario que te tocase. Así que, Señor Don Alfonso, no estoy mas dispuesto que vd. á continuar en tan mala compañía, y de muy buena gana le acompañaré, si es que me lo permite, á cualquiera parte que vaya. Cuando vuelvan estos señores, les suplicarémos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano, ó esta misma noche, nos despedirémos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposicion el amante de la bella Serafina, y me dijo:—Irémos á Valencia, y nos embarcarémos para Italia, donde podrémos entrar al servicio de la república de Venecia. ¿No vale mas seguir la carrera de las armas, que continuar la vida vil y criminal que traemos? En aquella podemos traer buen porte con el dinero que nos haya tocado. No deja de remorderme la conciencia el servirme de un bien tan mal adquirido; pero ademas de que la necesidad me obliga á ello, protesto resarcir á Samuel Simon el daño luego que tenga la menor fortuna en la guerra. Aseguré á Don Alfonso que yo tenia la misma intencion, y quedamos de acuerdo en que el dia siguiente al amanecer nos separariamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su ausencia, esto es, huir al momento con el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dejándonos dueños de él, ni aun nos permitió que nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en la posada de caballeros de Valladolid disculpase en cierto modo este robo.

A la caida de la tarde volvieron de Segorve Ambrosio y Don Rafael. La primera cosa que nos dijeron fué que habian hecho un viage muy feliz, y que dejaban echados los cimientos de una aventura que, segun todas las señales, seria sin comparacion de mucho mas producto que la del dia anterior. Comenzó á esplicarnos el plan el hijo de Lucinda: pero Don Alfonso le atajó, diciéndole cortesmente que él estaba resuelto á separarse de la compañía; y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolucion. Por mas que hicieron para movernos á que prosiguiésemos acompañándoles en sus expediciones, no les fué posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero; y los dos tomamos el camino de Valencia.

